

Sobre la alienación del VARÓN



Josep-Vincent Marques
(PREMIO ENSAYO EL VIEJO TOPO)



garabato.

Sobre la Alienación del VARÓN

JOSEP VINCENT MARQUÉS

Dedicatoria

A todos nosotros, los varones,
absolutamente seguros de nosotros
mismos, creídos del cuento chino de
nuestra superioridad.

A nosotros, los que apreciamos poco
importante el estudio de los problemas
del género.

A nosotros, infelizmente convencidos
de nuestra augusta preeminencia.

— EL EDITOR —

Un machismo un poquito más complejo

JOSÉ RAFAEL SOSA

Acostumbrado como estoy a los estereotipos simplistas, el trabajo de José Vicente Marques resulta subversivo.

Con su lectura me he sentido acusado y ridiculizado. Su acidez, su capacidad de expresar llanamente el novedoso enfoque que plantea sobre la alienación del varón y su desesperante sentido del humor convierten este trabajo en una pieza que debía ser conocida masivamente por mujeres y hombres.

Tradicionalmente el machismo es tipificado, etiquetado y manejado como un sistema de valores ideológicos que sustenta la supuesta (e insegura) superioridad del hombre sobre la mujer. Y, por vía de consecuencia, todos los hombres somos machistas, opresores, egoístas y el resto de los adjetivos conocidos.

El valor de este trabajo es que penetra muy adentro del fenómeno evidenciando los matices de esa alienación, incluso con respecto de quienes, como es mi caso, se consideran muy avanzados en la lucha interna y externa contra el inefable mal de nuestros días.

Pero además no me canso de preguntarme cómo será la vida –en lo cotidiano– de este ensayista español, premiado en 1977 por este trabajo.

La Alienación del Varón es una pieza urticante, profunda, breve y, al mismo tiempo, gratificante, llana y adornada con la gracia del saber mirar un poco más allá del bulto que todos vemos.

Otro detalle que no puede deslizarse es que José Vicente pertenece al cuestionado conglomerado de los portadores de pene. Es hombre. Y ése es un valor especial.

El hecho de que este enfoque lo produzca un hombre rompe estereotipos conocidos.

Con frecuencia se debate el papel de los hombres en la lucha por emancipar la mitad de la humanidad: las mujeres. Y son muchas las verdades (y muchos los disparates) que se han sostenido levantando dedos acusadores y justificaciones explícables.

No se pretende con la publicación de este trabajo, tomado de la hoy desaparecida revista española El Viejo Topo, inaugurar el Club de Hombres Feministas ni mucho menos.

¿Podría ser un hombre feminista?

¿Sentirá alguna vez el hombre, como la experimenta la mujer, la opresión de género?

¿Podremos los hombres, exceptuados por los roles sociales de la crudeza de la subordinación, hacer conciencia hasta lo más íntimo, de lo que significa la lucha de la mujer?

¿Es necesario tener la etiqueta de "feminista" para emprender la lucha?

¿No estaremos jugando una comedia los hombres que de una forma u otra nos

decimos ser "solidarios con la mujer"?

¿Hasta dónde nos beneficia y hasta dónde nos deforma la ínfula de superioridad sobre las mujeres?

Cuando uno se encuentra con un trabajo como éste, muchas son las inquietudes que pueden brotar como el agua cristalina lo hace a partir del hermoso manantial del bosque.

Y, se trata de inquietudes para las cuales me confieso sin respuestas.



(TOMADO DE MUJERES/ FEMENISS. I LET)

1. LA CREENCIA EN NUESTRA NORMALIDAD ES PRECISAMENTE UN SIGNO DE ALIENACION

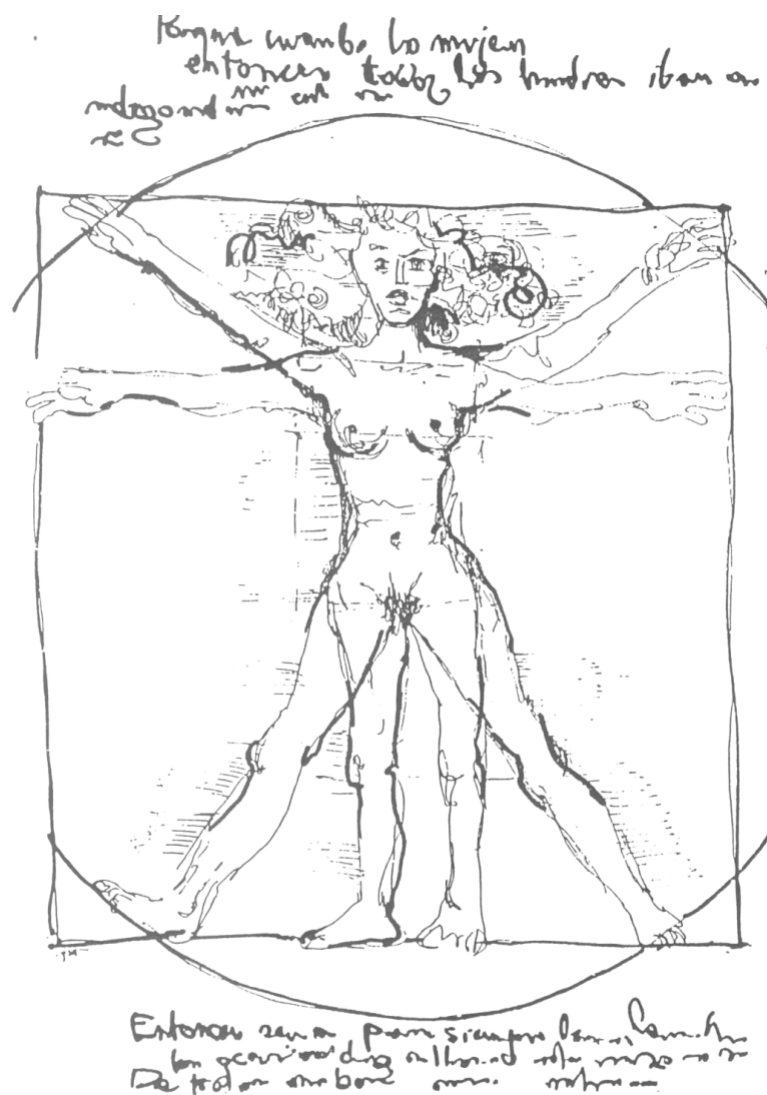
Si los varones no estuviéramos alienados habríamos entendido que no somos sino una de las dos variantes deformadas que produce a partir del sexo una sociedad concreta. Nuestra actitud no ha sido ésta. Darnos por sentado que el varón es normal, pleno, persona, actor consciente, modelo. Cuando reconocemos que hay una opresión sobre la mujer entendemos ésta como algo que le impide igualarse con nosotros y cuando no la reconocemos protestamos ante el hecho de que quiera ser como nosotros. Ese nosotros no es nunca cuestionado o si acaso sólo reconocemos que somos portadores de la opresión sobre la mujer: Si no nos oponemos conscientemente a su liberación ya somos perfectos. Y sin embargo, hablar nosotros de la alienación de la mujer sin hablar, al mismo tiempo, de la alienación del varón no es demasiado distinto de compadecerse de la miseria del obrero proponiendo una sociedad en la que todos fuésemos burgueses.

2. LA IMPUGNACION DEL VARON SOCIAL NO DEBE UTILIZARSE PARA IMPEDIR EL ACCESO DE LA MUJER AL INFIERNO DEL VARON, NI LA LUCHA INMEDIATA POR LA IGUALDAD DEBE LEGITIMAR COMO MODELO AL CURIOSO PERSONAJE QUE SOMOS

La derecha ha hecho alguna vez un amago de crítica del varón, exaltando la dulzura, generosidad, abnegación o serenidad de la mujer frente a nuestra brusquedad, inquietud, agresividad... La mujer –“su” mujer– tendría lo esencial y nosotros lo accidental: habría que disuadirla de andar por mal camino tratando de imitarnos. Se glorifica así al varón como “mal necesario” y se relega a la mujer, como “bien imposible”, al papel que le es útil, tanto para oprimirla como para hacer resaltar la pragmática sublimidad del varón, que, sobrio y responsable él, no puede permitirse el lujo de lo esencial, de lo bello; esto será poseído por la mujer y por ella guardado hasta la vuelta del varón, que halle en ella y ello tregua y sosiego. Este es el punto más lúcido de la derecha masculina aunque lo leamos como la posición más carca. Una crítica de izquierda al varón debería desmarcarse de toda ambigüedad al respecto.

Digamos, pues, que la mujer tiene derecho a morir tan pronto como el varón, ser juez, soltar tacos, ser marino teniendo o no un amor en cada puerto, emborracharse, ser extraordinariamente ambiciosa en su carrera, darle el primer apellido a los hijos, ser muy valorada socialmente por el número de caballeros que se ha llevado a la cama, ser sargento de húsares, sentirse orgullosa de mantener al marido y a los hijos, pagarle a un varón por sus servicios sexuales, ocupar una sede episcopal y ser deseada por su noble pelo blanco, por la experiencia que ha surcado de arrugas su rostro o el turbulento pasado que evoca una cicatriz en la mejilla. Probablemente la mujer y el varón deberían cuestionarse hasta qué punto todo eso es bueno, útil o realmente divertido; pero desde el reconocimiento de la igualdad.

Aquí de momento se afirma sólo que los varones deberíamos reconocernos como un producto bastante deficiente de una sociedad concreta y no como lo normal, lo natural o el maravilloso resultado del progreso humano.



3. LA INTERVENCION MASCULINA EN EL DEBATE SOBRE LA OPRESION DE LA MUJER PUEDE JUGAR EL PAPEL DE RESISTENCIA A LA AUTOCRITICA Y EL DE REPRODUCCION DE NUESTRO INFATIGABLE Y PATOLOGICO PROTAGONISMO

Escribir un varón un libro sobre la mujer no es necesariamente un acto de paternalismo; tampoco que el libro lo escriba una mujer garantiza nada en principio. Sin embargo, es sospechoso que, apenas nos sintamos los varones convencidos de que esta cuestión es seria, nos apresuremos a tratar de cauterizar la herida y acudamos presurosos con bálsamos y herniosas síntesis del tipo "también nosotros estamos mal", "hemos de arreglarlo juntos hombres y mujeres" o "la culpa no es nuestra sino del capitalismo". Una síntesis propuesta por quien es, aun secundaria o involuntariamente, opresor, y desde su propia "normalidad", no puede ser nunca una síntesis superadora. No lo vemos sin embargo así. Y si nuestros primeros movimientos intervencionistas pueden, incluso suelen, ser hijos de la mala conciencia y la buena voluntad, aferrarnos a ellos tras el rechazo por parte de las mujeres es un indicio más de nuestra anormalidad. Alguien le dijo a Cánovas, creo, en el Congreso: "Su señoría es tan vanidoso que cuando va a una boda querría ser la novia y cuando va a un entierro, el muerto". Todos los varones somos Cánovas.

Así, acudir a unas jornadas sobre la mujer no es un acto machista, obviamente, pero cabrearnos si las mujeres no nos dejan entrar sí lo es. Nuestra comprensión de que el oprimido puede querer, incluso necesita, estar solo desaparece cuando ese oprimido es la mujer. El varón intelectual que considera inoportuno participar en una reunión de obreros porque, aunque no sea patrono, no es obrero, no suele tener reparo en intervenir o exigir su entrada en una reunión de mujeres.

Y precisamente la forma más elemental, cotidiana y omnipresente de opresión masculina sobre la mujer va precisamente por ahí: no estar nunca sin referente masculino, ser hija de, novia de, mujer de, acompañante de, no salir sola... No hemos entendido esto y por tanto no hemos entendido nada.

4. POR EL CONTRARIO, HABLAR SOBRE NUESTRA ALIENACION PODRIA, AMEN DE AGILIZAR LA MARCHA DE LA HISTORIA, APORTARNOS ALGUN CONSUELO

Encerrados en nuestra propia trampa puede parecernos que sólo hay dos alternativas: hablar sobre la mujer secuestrándole parcialmente el derecho a que su liberación sea obra de ella misma o callarnos sobre un tema que nos afecta. Nuestra frustración ante el necesario y temido rescate por la mujer del tema de la mujer no es más que la típica miopía del pensamiento limitado por la ideología. Hablemos de nosotros y de nuestra patología. Sólo no se habla de lo normal y nuestro error de opresores-oprimidos u oprimidos-opresores es habernos considerado normales. No lo somos: hablemos sobre nosotros. Si hemos de considerarnos en algún sentido oprimidos, si hemos de pensar que todos somos marginados excepto el varón-payo-burgués-heterosexual-cabeza de familia, tendremos que vernos sin el espejo que nos sirve de prótesis, romper el espejo que nos devuelve la imagen de un gran personaje que no somos, que no podemos ser, que no debiera ser nadie. Nuestra imagen como héroes oculta nuestra realidad como oprimidos y como cretinos. Nos hace prisioneros, pero sólo lo estrictamente necesario para hacernos carceleros de las mujeres. "Dime, espejo mágico: ¿soy yo el más fuerte, inteligente y viril de los hombres?". "No. Tu vecino es más guapo, tu primo folla más, tu cuñado tiene más dinero, tu jefe la tiene más larga, pero eres un hombre y por tanto eres más que cualquier mujer".

Para la mayoría de los varones no burgueses el espejo mágico es mal negocio. Es la reconciliación ilusoria con uno mismo, lo que Marx llamaba alienación. Oprimimos a la mujer y evidentemente obtenemos ventajas de ello. Pero somos opresores por cuenta ajena, con escasa paga y participación sólo en los beneficios espirituales de la empresa. Rompamos el espejo-prótesis. Pero entonces nos encontramos con nuestra propia pobreza de conceptos para analizar la miseria del varón.

5. EL TÉRMINO MACHISMO ES AMBIGUO Y LIQUIDACIONISTA

Con el término "machismo" se designa alternativamente la práctica y la ideología del predominio masculino globalmente considerado y, de otra parte, las formas más bestiales y espectaculares de esa dominación:

Esta ambigüedad puede producir un efecto liquidacionista y volver a sumergirnos en la ideología de la normalidad del varón. Una vez identificado el machismo con las formas más ostentadamente coactivas de la dominación masculina, la ausencia de tales prácticas asilvestradas puede muy bien tomarse como ausencia de deformaciones masculinas en general, con sólo realizar un cómodo desplazamiento de uno a otro sentido del término.

El varón progresista o discretamente culturalizado es poco probable que le pegue sistemáticamente a su mujer, que no la deje salir de casa si no es acompañada por su

madre o que se oponga rotundamente en todos los períodos de su vida a que trabaje. Son muchos los varones que admiten ya que su mujer se ponga la minifalda para ir a los toros y, por otra parte, sentir el deseo de los otros varones ha sido siempre una forma de afirmar la propiedad sobre la mujer: ha veréis pero no la cataréis. El hecho de que el propio término "machismo" sirva para designar todo autoritarismo masculino permite al varón estar convencido de que posee un talante liberal cuando como mínimo habría que hablar, si no podemos escapar a este monolitismo terminológico, de "euromachismo". Basta con no estar casado, no ir nunca a los toros o no estar ya de moda la minifalda para que desaparezca cualquier asomo típicamente autocrítica masculina. El varón será un ser normal en espera benévola de que la mujer se le iguale y la opresión de la mujer será algo que le hacen a ésta el capitalismo y algunos varones particularmente desfasados, cuya existencia, por otra parte, permite al varón modernito afirmarse una vez más sobre otros varones.

6. LA POBREZA TERMINOLOGICA, INDICIO DE ESCASO INTERÉS POR EL TEMA, CONDUCE A HUNDIR TODA POLÉMICA EN EL PANTANO DE LOS DIMES Y DIRETES

Y como no todo lo que es comportamiento masculino distorsionado puede incluirse bajo la rúbrica machismo, pero a nivel cotidiano no tenemos mucho más vocabulario, nos vemos abocados a discusiones de aparente estupidez en las que la batalla por apoderarse de un término trivializa y bloquea el progreso del análisis.

Veámoslo en sencillos ejemplos sacados de la vida misma: Etelvino, militante de un partido de izquierdas, fomenta en su señora preocupaciones políticas e incluso osadamente feministas, siempre que no cuestionen la paz del hogar o el mismísimo hogar. Carolino, joven progresista, trata de liberar a Simona-María de sus nefastos prejuicios sexuales; Simona-María se resiste incluso después de seis salidas y dos lecturas de Reich; Carolino concluye que Simona-María está irremediabilmente presa de su origen pequeñoburgués y su educación monjil, por lo que decide no malgastar su ímpetu liberador con ella; dos semanas más tarde Simona-María se acuesta con Florentino, y Carolino, en lugar de alegrarse, porque su simiente liberadora ha fructificado al fin, coge un cabreo de gran consideración. Mario-José, concienzudo contable de una fábrica de preservativos, se opone enérgicamente a que su mujer trabaje y cuando ella le dice que se aburre le aconseja estudiar, pero por correspondencia. Un día, en la vocalía de mujeres de la Asociación de Vecinos, Simona-María, la mujer de Etelvino y la hermana de la mujer de Mario-José comentan los tres casos y se preguntan ¿quién es más machista? El problema parece insoluble y la llegada de un miembro varón de la vocalía de urbanismo, acompañada de un jocoso comentario sobre a saber qué cosas terribles estarán diciendo de los hombres, convierte la discusión en un fracaso definitivo. Si hay que hablar de un solo fenómeno—y parece que si no es uno solo, al menos todos andan emparentados—no parece claro a quién dar el premio, si al protagonismo inasequible al desaliento de Etelvino, a la vigorosa concepción de "la tía para el que la libera" de Carolino, o la reciedumbre ibérico-precapitalista de Mario José. Muy probablemente el caballero recién llegado hará méritos, por ejemplo dando sanas directrices, para que se le considere concursante al premio a él también. Reconozcamos que la patología del varón se expresa de modos diferentes y que la propia pobreza del vocabulario disponible indica de una parte que se ha congelado lo posible la discusión sobre esa patología y de otra recuerda que quien tiene el poder tiene el lenguaje y el uso del lenguaje dominante refuerza a ese mismo poder y confiere migajas del mismo a quien lo usa en beneficio propio. Porque Carolino siempre se considerará más progre que Etelvino, ya que éste parece convencido de que Engels limita a la izquierda con la familia de Etelvino, que la familia de un comunista es una familia de verdad y a ningún comunista le interesa tener familia por frivolidad. Carolino y Etelvino coincidirán en condenar la actitud fascista de

Mario–José y Mario–José contestará muy alterado que ya querría ver él lo que hará Carolino cuando se case, que se va a casar de todas las maneras y que le gustaría saber si Etelvino se va a quedar en casa fregando y cuidando a los niños si a su mujer la nombran secretaria general.

¿Qué tal si fuéramos, pues, ampliando el esquema con el que nos movemos?
¿Qué tal si intentásemos buscar, a través de un proceso de autocritica, un cuerpo teórico que diese cuenta a un tiempo de la diversidad de comportamientos masculinos distorsionados y de su raíz y efecto únicos?

7. EL CHULO Y EL PADRE DE FAMILIA PUEDEN SER CONSIDERADOS COMO POLOS DE UN MISMO EJE: EL DE LA IMPORTANCIA SOCIAL DE SER VARÓN

Ser varón no es importante. Ser varón en una sociedad que define como importante ser varón sí lo es. El comportamiento masculino queda marcado por ese énfasis social y resulta imposible no estar condicionado por él. Esa misma instancia condicionadora se desdobra, al menos, en dos grandes pautas de comportamiento. Son probablemente más, pero estas dos son lo suficientemente opuestas para revelar el carácter plural de los efectos de una matriz única.

La importancia de ser varón se puede vivir como un atributo inherente o como un objetivo. Se puede sentir varón como titular de un conjunto de prerrogativas o como orgulloso aspirante a satisfacer un conjunto de altas exigencias. Como algo que ya se es de una vez por todas o como algo que no se acaba de ser totalmente nunca y que, en la medida en que se es, se tiene que revalidar constantemente.

Vivir el ser varón como algo importante que se tiene ya implica entre otras cosas una ágil y rápida expectativa de sumisión de la mujer, la consideración de la relación sexual como un don del varón a la mujer y una absoluta impermeabilidad a la consideración, indispensable, de que la mujer sea más inteligente que uno. Soy un tío y ella no es más que una tía. El gigoló o el chulo son el límite siempre presente de esta actitud socialmente pautada en última instancia si soy tío todo se me debe y la vivencia de la importancia de ser tío llega a derribar al propio esquema de reparto de papeles masculino/femenino. No hay nada que demostrar: el superior no hace, no conquista, no aspira; sólo recibe. La importancia genérica del varón es, en este caso, vivida sin traumas por el varón individual que, en perfecta comunión con su género, vampirizando a su propio estereotipo triunfalista puede permitirse dejar de trabajar, dar el braguetazo e incluso adoptar las actitudes pasivas y mayestáticas que se suelen atribuir oficialmente a la mujer. Para algo es el amo.

Por el contrario, se puede vivir esa importancia del varón como “algo que obliga”, como algo que hay que ganar, como algo que no se tiene y que hay que merecer cumpliendo precisamente el modelo oficial. Aquí el varón individual se siente en permanente tensión con el varón genérico, compara su realidad mediocre con el modelo brillantísimo de su sexo, redefine incluso, en términos más elegantes y pundonorosos, ese modelo, y se instala conflictivamente en la permanente sospecha de que otros varones son más varones, en algún sentido, en todos los sentidos, que él. Esa tensión se hace patente en el afán sobreprotector: el padre de familia laborioso, preocupado hasta la angustia, celoso y entregado a la protección–represión de su grupo, es aquí el arquetipo, opuesto al anterior, pero derivado de un mismo trauma social originario: la importancia social de ser varón.

La respuesta ante cualquier actitud emancipatoria por parte de la mujer se desdobra así en dos actitudes típicas: el varón que es importante da una respuesta pragmática, más que ideologizada; acepta o no la iniciativa de “su” mujer según le convenga o no. Sin embargo, el varón que se gana el ser importante percibe tales

movimientos como una amenaza a su identidad. De ahí que a menudo sea más violenta la respuesta del varón honesto y cumplidor a la emancipación femenina que la del machista oportunista. El segundo sitúa el problema en términos de poder, el primero en términos de ideología, pero esa ideología forma todo su aparato de inserción en el mundo y una amenaza contra ese orden es más grave que una pérdida de poder: si la mujer trabaja, decide o simplemente suelta tacos, entonces, ¿qué soy yo? Si la mujer no necesita ser protegida, ¿qué pinto yo en el mundo? Y así, mientras que un tipo de varón puede plantearse el que su mujer trabaje en términos de si le compensa no estar tan "bien atendido" lo que la tía gana, el otro tipo de varón estará dispuesto a aceptar eventualmente que la mujer trabaje sólo si gana menos dinero que él.

8. SE PROPONEN A DISCUSIÓN CINCO TIPOS DE DEFORMACION MASCULINA RESPECTO DE LA MUJER

Si en el apartado anterior intentaba probar cómo un mismo factor social básico producía dos patologías diferentes y aparentemente opuestas, ahora sugeriría la consideración de cinco tipos diferentes de comportamiento masculino distorsionado tomando como eje de referencia la mujer. Insistiría en que nuestra patología cubre un campo más amplio que el de la estricta relación con las mujeres. Sin embargo, la destrucción de los estrechos y ambiguos límites del término machismo puede hacerse ya en el propio terreno de la relación hombre-mujer. Consideremos, pues, invitando al lector a que rectifique o proponga otros nuevos, estos cinco tipos de actitud: machismo estricto, paternalismo satisfecho, paternalismo angustiado, misoginia clerical y misoginia romántica. Ningún varón es sólo portador de uno de estos modelos, pero permítaseme utilizar una cierta hipóstasis en la forma de exponerlos, cual si de "tipos humanos" se tratase.

El machismo estricto tiene bastante que ver con esa asunción de la importancia de ser varón como algo ya dado de que hemos hablado antes. La mujer es aquí un objeto o un servidor en el mejor de los casos. La relación del varón con ella consiste en la emisión de órdenes que en virtud de esa claridad y a-ideologización del esquema de dominación no necesitan ser justificadas. No se da explicaciones al esclavo. El machista estricto se apropia del objeto o da órdenes al servidor; no hace falta nada más. La mujer carece incluso del estatuto de oyente que tiene en el paternalismo. La actitud del varón es aquí incluso relajada y feliz y no excluye cierta simpatía hacia objeto tan gratificante, aunque poco serio.

Para el paternalista satisfecho, la mujer es un niño y su inferioridad viene siempre justificada por su supuesta debilidad. Le da órdenes pero también le halaga y le habla de una forma tan idiota como solemos hablar los adultos a los niños. Sus órdenes se acompañan de justificaciones y éstas suelen insistir en la necesidad de protegerla. Hay a menudo benevolencia: los niños son graciosos y sus errores son simpáticos. La labor protectora es, pues, gratificante no sólo por la amenidad del protegido sino por la sensación de importancia que concede al protector. Si éste tiene ya razón de su situación de clase importancia, el papel de protector será el lógico complemento; si carece de ella actúa como sucedáneo.

Esa protección ya no es tan claramente funcional para el paternalista angustiado. Proteger a la mujer es una carga agobiante de la que posiblemente no se puede prescindir por razones emocionales. Su programa de protección es tan amplio y su obsesión por los peligros que acechan a la mujer es tan omnipresente que convierte la relación en angustiada para él y sobrerrepresiva para la mujer. El esquema es similar al del paternalismo satisfecho, pero aquí el niño-mujer es siempre un niño travieso o enfermizo con el que la tensión ahoga incluso la diversión de considerarlo como un

juguete. No se da ese eventual equilibrio subnormal que aparece a veces en la relación entre un paternalista satisfecho y una mujer tradicional bien ajustada al papel.

Una discreta imagen de la excelsitud de la mujer está siempre presente en la actitud paternalista, sea del tipo satisfecho o del angustiado. La imagen infranormal del niño se compensa con la imagen supranormal de la virgen o la diosa; quizá de modo parecido a como se exalta la inocencia del niño. Pero sólo aparece en circunstancias muy especiales: de ordinario el varón busca sólo al niño, aunque en las solemnidades haga Juegos Florales.

Para el misógino clerical la mujer es la serpiente, la serpiente más aun que Eva; es la portadora del mal, la amenaza. La actitud es entonces ante ella el rechazo o la huida. El esquema monje-tentado-por-señora-buenísima define el arquetipo, pero esta actitud no es privativa del clero ni se expresa sólo en el terreno de la sexualidad. La mujer aparece también como perturbadora del estudio, como frivolidadora de cualquier tema serio, como obstáculo para una empresa importante, empresa masculina, claro. Si para el paternalista de uno u otro tipo el gran temor es que la mujer se pierda, para el misógino clerical el gran temor es que la mujer le pierda a él.

Para el misógino romántico la mujer es una diosa que se niega a comportarse como tal, es alguien que ha traicionado la imagen que el misógino romántico tenía de ella y así le ha traicionado a él. La actitud ante la mujer es hostil pero recurrente: un juego de búsqueda permanente de la mujer concreta que se ajuste a la mujer imaginada, seguido de un fracaso y nueva búsqueda. A diferencia de todas las actitudes anteriores, la del misógino romántico es altamente valorativa respecto (le la mujer, sólo que sitúa esa valoración en un terreno irreal: bien al sustentar un modelo de mujer inhumano por suprahumano o bien al no entender nunca las circunstancias concretas en que se mueve la mujer; en última instancia el misógino romántico que no espera que la mujer sea una diosa sino una persona, la persona, no entiende que en una sociedad mutiladora tampoco la mujer puede ser persona. Bécquer es quizás el gran poeta de la misoginia romántica, pero también hay misoginia romántica en lo mejor de la novela negra, en los tangos o en Jardiel Poncela, por no entrar en la producción artística realizada desde la homosexualidad. No es extraño encontrar tanta referencia misógina romántica en la literatura: con todo su carácter patológico esta actitud se relaciona con cierta protesta del varón contra su propia importancia social, protesta alienada pero en cierto modo actitud menos cretina que las anteriores.

Estos cinco tipos son simplemente cinco sugerencias para la discusión. Se han construido sobre la base de que pudieran dar cuenta no sólo de la actitud respecto a la compañera sentimental sino a las mujeres en general. Su principal limitación, pero a la vez su principal interés para mí, es que intentan escapar del psicologismo y del reduccionismo que supone incluir toda la patología en un único aunque graduable factor machismo. Se me ha sugerido la posibilidad de incluir un sexto tipo que llamaríamos el "hijismo", la búsqueda de la madre en toda relación. Me pregunto si más bien esa búsqueda no es el reverso de toda actitud masculina deformada; algo que, aunque quizá sea más evidente su presencia en la misoginia romántica, está flotando entre dos aguas bajo todas las formas patológicas. En algún momento –aunque haya quien lo practique cotidianamente– el varón propone este juego: bueno, no tienes por qué tomarte literalmente lo de que soy muy fuerte, pero no me lo digas, límitate a protegerme y procura que no me entere de que lo estás haciendo.

9. EL PARENTESCO DE NUESTRAS ACTITUDES IDEOLÓGICAS PARECE SUGERIR UN CAMPO IDEOLÓGICO ÚNICO Y EN ÉL DESTACA LA GRAN PROPUESTA DEL DISCURSO SOLO PARA HOMBRES

En la medida en que estos tipos propuestos son variantes sociales de comportamiento, y variantes ideológicas y no tipos psicológicos, lo normal será encontrar elementos de más de uno de esos cinco tipos en la conducta de todo varón. El varón no se caracteriza precisamente por estar inmunizado contra la incoherencia, defecto oficialmente femenino. Sin embargo, estos cinco tipos tienen entre sí los deslizamientos lógicos entre variantes de un mismo campo ideológico.

Toda protección unidireccional convierte al protegido en objeto o servidor del protector y por ello entre el machista estricto y cualquiera de las dos variantes paternalistas hay más parentesco del que cualquier paternalista satisfecho estaría dispuesto a aceptar. El machismo estricto no hace uso de teorías justificatorias, pero si hubiera de buscarle una legitimación a su práctica podría acogerse a los fantasmas de la misoginia, en cualquiera de sus versiones. El niño, la mala-puta, la diosa o el objeto no son sino diversas manifestaciones de una misma negativa a aceptar a la mujer como sujeto ordinario de la vida social porque el sujeto ordinario somos supuestamente los varones. El paternalista angustiado sospecha siempre que la mujer pueda ser la lúbrica arpía del misógino clerical, por eso la protege sobre todo de ella misma. El desencanto del misógino romántico respecto a una mujer concreta le hace convertirla en encarnación del mal, como el misógino clerical, salvando así la imagen ideal de la mujer a costa de la mujer concreta.

Parece haber, pues, un campo ideológico único: un conjunto de invariantes en torno a un hecho socialmente traumático, la definición social de los sexos tal como es vivida por el varón, que estructura a un conjunto de variantes en las que la dialéctica del fuerte y el débil real y supuesto, el deseante y el deseado, el amo y el esclavo hacen su presencia, concretándose en algunas grandes parejas de pauta-subideología que habrá que descubrir. Y siempre encontramos la contrapartida individual de la megalomanía genérica del varón: la obsesión por el otro, el temor ante otro varón concreto o imaginario al que se le supone más airoso portador de la esencia genérica de la virilidad. Así el discurso masculino es el discurso entre varones y sobre varones, en el que la mujer es sólo un intermediario, casi un recurso retórico. El misógino romántico ve roto su esquema idealizante por la preferencia de la mujer por otro varón que no la valora tanto como él y compite con éste en el terreno de las hermosas imágenes. En la subliteratura más acreditada se dice "No soy ni tu novio, ni tu amante, ni tu padre ni tu marío, sino el que más te ha querido y con eso tengo bastante". El machista estricto fortifica su campo frente a la entrada de otros varones y a veces necesita sentir el deseo de otros varones sobre su mujer para apreciar su propia posesión. El paternalista protege a la mujer aparentemente, pero teme la relación de la mujer con otros varones y percibe, incapaz de imaginar a la mujer como sujeto, la independencia de ésta como otra cosa que el prólogo a la dependencia de otro varón. El misógino clerical sospecha que la mujer que desea acostarse con él desea acostarse con todos. El piropeador callejero, en primer lugar se autopiropea como miembro del audaz colectivo de los varones, trata de convencerse de que es un varón temible y se disculpa, si eventualmente aparece el acompañante de la mujer, no ante la mujer, simio ante el acompañante. El intercambio de parejas es preferido a la relación libre, porque asegura, por encima de la satisfacción real, que ese otro varón no recibe socialmente más. Todo el mundo sabe que Don Juan Tenorio estaba mucho más interesado por (su pleito con) Don Luis Mejía que por las señoras y señoritas que seducía.

PARA NO CONCLUIR

Pero no toda la patología del varón está en su relación con la mujer sino en su relación general con el mundo, lo que habría de ser descrito y analizado en otro lugar. Y una vez el mundo de los hombres hizo el capitalismo y el capitalismo siguió consagrando un mundo de varones, se hace difícil dar al varón lo que es del varón y al capitalismo lo que es del capitalismo, aunque hoy por hoy la izquierda parezca convencida de que el capitalismo tiene la culpa de todo, la radioactividad socialista es más sana que a capitalista o padres de familia como un padre de familia comunista no hay. Y no se descarta, en otro nivel, que haya virtudes masculinas, es decir, respuestas positivas de los varones marginados por la propia sociedad. Pero no vamos a capitalizar a los homosexuales como héroes, de forma parecida a como la Iglesia católica reivindica como precursores a quienes en vida les hizo la puñeta. Repito: se trata de empezar a romper con la idea de que existe sólo el problema de la mujer y la cuestión reside sólo en si es problema de las mujeres o de hombres y mujeres. Existe el problema del varón, la alienación del varón y si de alguna manera hay que calificar su singularidad podríamos cifrarla en ser el opresor más tonto y coqueto de la historia.

EDITORIAL ALAS

Es un proyecto de divulgación y debate sobre la situación de la MUJER y la comunicación masiva y popular. No tiene fines de lucro. No tiene ni aspira financiamientos, por lo cual se apoya en sus propios recursos.

Cuenta con la colaboración de Mariví Arregui, Leonardo Díaz, Ama M. Castillo Betancourt, Editorial Buho, Editorial Gente, Editora Montalvo y el Centro de Investigación y Acción Cultural.

Catálogo de Publicaciones

DESAFÍO. Poemas. Libro producido a mano. Caligrafía y Serigrafía. Autora: Ángela Hernández. Editora Papeles de Aquelarre.

LAS MARIPOSAS NO TEMEN A LOS CACTUS. Relatos que cuentan situaciones vividas por las mujeres del campo. Libro que se utiliza como herramienta de trabajo en grupos de mujeres, pero que se lee además con placer literario. Autora: Ángela Hernández.

MACHISMO Y ABORTO. Folleto, 20 páginas. Editorial Alas. El asunto del aborto es tan complejo para resolverlo pronunciándose a favor o en contra. Ninguna mujer aborta por placer. El ideal sería tener una sociedad en la que ninguna mujer tenga que someterse al riesgo de un aborto ilegal. Y mientras tanto, ¿qué hacer?

¿POR QUE LUCHAN LAS MUJERES? Ensayo. 100 páginas. Plantea la teorización elemental para hombres y mujeres deseosos y deseosas de conocer los planteamientos del feminismo. Ediciones CIAC.

10 PREJUICIOS SOBRE EL FEMINISMO. Folleto. 20 páginas. Breve ensayo que reúne y comenta los 10 principales prejuicios sobre el feminismo.

EMERGENCIA DEL SILENCIO. Investigación sobre la situación de la mujer dominicana en la educación formal. 300 páginas. Editorial Universitaria.

MUJER Y LITERATURA -Resultado del Seminario-Taller del mismo nombre. ¿Existe una literatura femenina? ¿Es una "literatura menor"? ¿Por qué tenemos, desde la colonia, 200 escritores varones y ocho mujeres? ¿Casualidad? Editora Universitaria. Compilador: J. Rafael Sosa.

EDITORIAL ALAS

Calle 1ra. No. 3, Urb. Mari Pili
Sector Honduras, Santo Domingo
República Dominicana